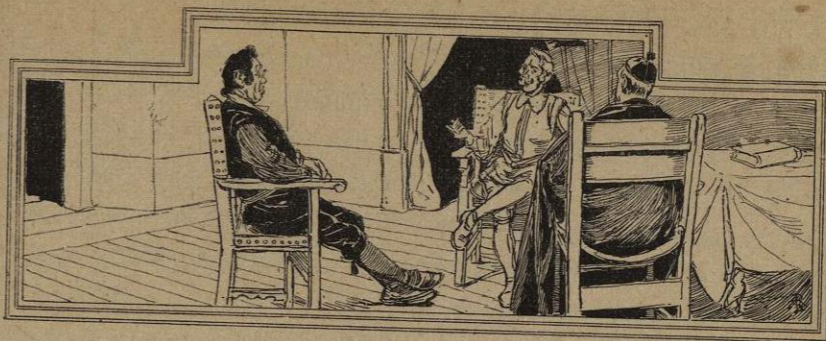


mer, la lengua en el hablar, y haberse con mucho tiento en sus maneras y discursos. ¿Piensas que la justedad de las ideas no requiere ternura en las expresiones, y que el pensar bien no ha de venir junto con el bien decir en los que aspiran á levantarse sobre el vulgo? Dime otra vez alfaina, y veremos si no revoco la determinación que tengo de elevarte á de donde veas como pollos á tus contemporáneos.» Cide Hamete no quiere acordarse de la réplica de Sancho, y dice tan sólo que los aventureros llegaron á la venta, henchida ya de gente por ser las seis de la tarde, hora en que todo el mundo acude á la posada. Traía D. Quijote desencajado el juicio, revueltos los sesos más que de costumbre; y así la venta del Moro fué para él castillo, por castillo la tuvo, vió el atalaya sobre los adarves, y aun oyó el son de la trompeta con que anunciaban la llegada de un caballero de alta guisa.



CAPITULO LI

QUE TRATA DE COSAS DEL BACHILLER SANSÓN CARRASCO

Cuenta la historia que vencido por D. Quijote el bachiller Sansón Carrasco, bajo el nombre de *el Caballero de los Espejos*, se volvió á su lugar con dos costillas hundidas, más que medianamente mohino y azorado. Púsose sin pérdida de tiempo en manos del algebrista, con ánimo de volver en demanda del loco, así por salirse con la suya, como por dar algún desfogue á la venganza de su pecho. Tres días se dejó estar de encierro sin que persona lo entendiese, si no eran su familia y el maestro, á quienes rogó por el secreto, no fuese que su honra viniese en disminución. Dueña debía de haber en la casa, cuando la hora menos pensada cata allí el cura y el barbero, sujetos á quienes no hubiera querido ver si le pagasen; ni era para menos el juramento que por sus barbas y el hábito de San Pedro había hecho de provocar á D. Quijote, vencerle y traerle bajo condiciones tales que en dos años no diese paso de caballería. Una vez sorprendido en el escondite, confesó de plano su infortunio, alegando, para justificarse, que todo había sido por culpa de su caballo. «Mas no les pese de esta ocurrencia á vuestras mercedes: así pienso darme por vencido como renunciar á las órdenes. Yo juro por quien soy, ó no soy nadie, traer amarrado al viejo ó morir en la demanda. — ¿De esa manera, respondió el cura, los huesos de vuestra merced han sacado de la batalla alguna cosa? — ¿Y

cómo si han sacado?, replicó el bachiller; la sumidura de á cuatro dedos que se me encuentra en la costilla, ¿es ó no del bachiller Sansón Carrasco? ¡Miefé, señor compadre, nunca yo pensara que con tal ímpetu y furia acometiera D. Quijote, que de una embestida diera conmigo en el suelo! Si los encantadores no me acorren y amparan en ese duro trance, á la hora esta vuesa merced estuviera haciendo mis exequias. Á nada menos procedía el vencedor que á segarme la gola, cuando me vió supino y sin movimiento. — ¿En qué forma acudieron esos buenos encantadores, señor bachiller?, preguntó maese Nicolás. — En forma de decir á la imaginación de D. Quijote que ellos me habían transmutado de Caballero de los Espejos en bachiller Sansón Carrasco por defraudarle la gloria del triunfo. ¿Y creerán vuestas mercedes que ese bobalicón de Sancho Panza era el empeñado en darme el trampazo, urgiendo á su amo por que me envasase la espada, á efecto de que se viese si verdaderamente era yo el bachiller, ó un enemigo disfrazado con mi pellejo? — ¡Dios le perdone!, exclamó el cura. Así vuesa merced se vió entre la espada y la pared. — No había remedio, contestó el bachiller: ó juraba yo ir á presentarme á la señora Dulcinea y derribarme á sus pies, ó entregaba el alma al diablo. Tengan vuestas mercedes por sin duda que el loco me mata si no prometo cumplir sus órdenes al pie de la letra. — ¿Hace vuesa merced punto de conciencia el cumplirlas?, preguntó maese Nicolás: por lo menos es cierto que el señor bachiller no se quedará con la sumidura que dice. — Si fuera un rasguño de ningún mérito, no me quedara tampoco, respondió el bachiller. Ayúdenme vuestas mercedes con un caballo de más confianza que el mío, porque esta pécora salió plantándose en lo mejor y me expuso á la impetuosidad de D. Quijote. — Tenga vuesa merced presente el no matar á nuestro pobre hidalgo, dijo el cura, y váyase en mi tordillo. — Tanto como quitarle la vida, no, respondió el bachiller; pero será difícil que me desentienda del todo de mis costas. Cuando menos le he de traer á la cola de mi caballo. — Válgase del modo, repuso el cura: nada ganamos con traerle de por fuerza. Todo ha de oler á caba-

llería andante en la expedición, ó nada hemos hecho. — Yo procuraré, replicó el bachiller, dar á mis cosas cierto aire y sabor andantescós; mas sé decir á vuestas mercedes que, si no salgo bien por esta vía, haré mi gusto á sangre y fuego. — ¿No vaya otra vez por lana, señor bachiller?, insinuó maese Nicolás. — Si vuesa merced se queda, respondió Carrasco, no habrá allí quien me trasquile. Por lana voy, lana traeré: el trasquilado será don Quijote, y aun vuesa merced, señor barbero, y con sus propias tijeras, si quiere darme sogá.»

Delicadísimo estaba el bachiller después de su fracaso; y aunque socarrón y maleante él mismo, no aguantaba pulgas de rapistas, y menos en tratándose de valor, por donde hacía agua, como joven y vanaglorioso. Medio se cortó el barbero, y dijo: «Vuesa merced toma mis intenciones en mala parte; ni fué mi ánimo lastimalle, suscitando vergüenza en su pecho con la memoria de su desgracia. Si aquello dije, fué á modo de advertencia saludable: no sería por demás el que vuesa merced se precaviese contra una segunda vencida, que tal vez D. Quijote llevaría por el extremo. — Yo sé lo que me conviene, respondió el bachiller: los efectos dirán si soy hombre de dejarme vencer dos veces por un loco.» Interpuso el cura su autoridad para que la contienda no siguiese adelante, y suavizado el bachiller, fué convenido entre todos que éste saldría en busca de D. Quijote, más bien montado, tan pronto como sus costillas se restaurasen. Al cabo de tres semanas, sintiéndose del todo bueno, acudió á su buen tordillo, y armado de armas ofensivas y defensivas, tomó el camino una madrugada, cierto de dar con D. Quijote antes de mucho, guiado por el ruido de las locuras del caballero andante. Hallábase en la venta del Moro cuando acertaron á caer allí la compañía de histriones y los señores de la vista de ojos. No podían menos en la venta que hablar de las cosas del caballero; por donde el bachiller vino en conocimiento de su próxima aparición. Los mozos, que en ese punto llegaban, dijeron que había montado ya, si bien no llegaría tan pronto, según la moribundez con que venían, tanto el jinete como la cabalgadura. Tuvo tiem-

po el bachiller para concertar con el ventero lo que se debía hacer, empezando por suavizarle con una buena porción de unto de Méjico. El ventero tomó por suya la hacienda, y prometió haberse de tal modo, que el bachiller saliese con su empeño. Retrájose éste á su cuarto, donde sin más ni más se caló unas narices de que venía provisto, ni tan desaforadas como las de Tomé Cecial, ni tan por el estilo regular que viniesen á parecer naturales. Lo cierto es que eran tan bien hechas, y el demonio del bachiller sabía acomodárselas tan bien, que si las tuviera uno en la mano, dudara todavía de su naturaleza. Una peluca, además, y unas barbas muy desemejantes de las suyas propias, y quedó tan otro, que no le conociera el papa, ni todos los cardenales juntos, si para sólo examinarle se reunieran en consistorio secreto. Paramentado de este modo, salió el truhán, y se puso á medir el corredor á largos pasos, á vista y paciencia de los huéspedes. Nadie le reconoció, con ser que mucho le miraron todos; antes se estuvieron admirados de aquel inglés tan desenvuelto, por no decir insolente, que así rompía por medio de ellos, sin tener cuenta con persona.



CAPITULO LII

DE LA LLEGADA DE D. QUIJOTE AL CASTILLO DEL SEÑOR DE MONTUGTUSA

Entraron por fin D. Quijote y Sancho Panza, á quienes se vino el ventero con demostraciones de grande humildad, diciendo ser el alcaide de la fortaleza. «El señor del castillo me tiene mandado acoger y obsequiar á los caballeros de pro, hasta cuando él en persona sale á recibirlos. — ¿Quién es el castellano, señor alcaide, si sois servido?, preguntó D. Quijote. — El castellano, señor, es el barón de Montugtusa. Su mujer, la bella Sebondoya, habita el castillo con su señor y marido. Vuesa merced se apee, que yo le muestre luego el ala del palacio donde se ha de alojar con su comitiva. — Mi comitiva no pasa de mi escudero, señor alcaide: con una cámara estaré servido, sin que vuesa merced se tome la pensión de desocupar todo un costado del alcázar. No soy de los que se andan á la flor del berro, trayendo consigo mangas de lacayos, provisiones de gusto y enseres de todo linaje. Los andantes nos vamos libres de todo lo que huele á conforto y molicie; nuestro descanso es la fatiga, el hambre nuestra hartura. Soy contento de que el señor del castillo esté presente, junto con la castellana, quien debe de ser una de las más apuestas y principales de estos señoríos. — Tenemos en el castillo, repuso el ventero, á un famoso caballero llamado D. Quijote de la Mancha, cuyo sentir es igual en un todo al de vuesa merced respecto de la bella Sebondoya.

— Eso es hablar de fantasía, señor alcaide, respondió escamado D. Quijote: ¿un famoso caballero llamado D. Quijote de la Mancha? — A fuerza de súplicas, dijo el ventero, se ha conseguido que permanezca dos días más en el castillo: de tal modo se prendaron de él los castellanos al punto que le vieron, principalmente la castellana, que dieran los dos ojos de la cara por que se quedase del todo á vivir con ellos. La bella Sebondoya se ha hecho traición á sí misma, podemos decir, por la timidez y el rubor con que le mira á furto de su esposo. Y no se me vaya la boca; ni soy dueña amiga de chismes que no desaprovecha ocasión de sacar á la calle las flaquezas de su señora. De qué bebedizos amatorios, de qué vistazos hechizados se vale el tal caballero para cortar el ombligo á las hermosas, no lo podría yo decir; lo cierto del caso es que, no solamente la sin par Sebondoya, sino también sus damas de honor, sus doncellas y hasta las fregonas del castillo están á punto de cruzarse la cara á navajazos por el huésped.»

D. Quijote había echado pie á tierra, lo mismo que Sancho Panza, y rostro á rostro con el ventero, dilucidaba una materia tan sutil y trascendental como el haber tomado su nombre algún embaidor, á fin de aprovecharse de su fama y los honores á ella correspondientes; si no era más bien que el sabio su enemigo andaba urdiendo una trama para causarle nuevos sinsabores llevado de la envidia. Como hombre que poseía el don de acierto, no quiso el manchego dar así, de primera instancia, un solemne mentís al falso D. Quijote y al verdadero alcaide; y contentándose con hacerle á éste algunas significativas interrogaciones, dejó para tiempo más oportuno el quitarle la máscara al audaz embustero, y arrancarle un nombre que le era tan ajeno por las grandes cosas y las perfectas caballerías que significaba. «¿Dígame vuesa merced, señor alcaide, ¿ese caballero se contenta con llamarse D. Quijote de la Mancha, ó trae algún anexo derivado de sus hechos de armas ó de sus tribulaciones? — La primera vez que vino, respondió el alcaide, se llamaba «el Caballero de la Triste Figura;» mas ha tenido á bien dar de ma-

no á este como resumen de desdichas, y ahora, con mejor fortuna, se llama «el Caballero de los Leones,» por haber, en cierta ocasión, hecho rostro á media docena de estas fieras, vencí-dolas y matá-dolas á todas; sin parar en esto, sino en pelarlas y desollarlas, con ánimo de vestirse de sus pieles, como dicen que hacía un cierto Aljibes. — Alcides, señor alcaide,» corrigió don Quijote. Metió Sancho su pala, y dijo: «Testigo yo: mi amo se puso con esos animales; que me parta un rayo si miento. Pero, lo digo como católico, hasta ahora no le he visto cubierto de esas pieles. — ¿Qué se os alcanza de estas cosas, amigo entrometido?, respondió D. Quijote; ¿quiere su villana señoría dar por resueltas materias intrincadas, en las cuales yo mismo tengo mis dudas, y no me atrevería á decir esto es así ó asá, porque andan metidos en ellas más de un sabio encantador? ¿De dónde sabes, escudero zascandil, que estos que te parecen jubón de camuza y gregüescos de velludo no sean en realidad casacones imperiales y calzacalzones de cuero de león, debajo de los cuales anda el caballero que, si no ha vencido todavía, puede vencer á más de cuatro de esas furibundas alimañas? ¿Viste si los temí? ¿Te consta si los provoqué? ¿Sabes si rehuyeron la pelea y me lamieron los pies en señal de vasallaje? Si recogen el guante, me combato con ellos; si me combato, los venzo; si los venzo, les corto la cabeza. ¿Pues qué mucho que me vista de la piel de los leones á quienes provoqué, vencí y corté la cabeza? — Todo puede ser, dijo el ventero: sígame vuesa merced, que ya conviene aposentarle y darle tiempo para el afeite de su persona.»

Adelantó el ventero, y D. Quijote, llegándose á Sancho, le dijo pasito: «Oye, bestia, ¿no caes en la cuenta de que aquí hay gato encerrado y de que nos conviene mucha habilidad hasta cuando entre la espada? ¿No ves cómo damos aquí con un D. Quijote, á quien será preciso despanzurrar, en pena de su atrevimiento y bellaquería? Mientras llega el instante de dar patas arriba con el impostor, yo no soy nadie, ¿entiendes? Guárdame el secreto, que yo voy á guardar el incógnito; y veremos en lo que paran estas cosas.» Pasó adelante el caballero, y encontrando al bachi-

ller Sansón Carrasco, que con gran entono se estaba paseando en los corredores, le hizo una venia señorial, como á persona de su gremio, siendo así que entre caballeros la cortesía no deja de reinar ni en medio de las armas. Señalóle su cuarto el alcaide, y le dijo que no sería imposible tuviese en él un compañero de su propia calidad; porque estando, como estaba, la venta llena de gente, fuerza sería acomodar dos ó tres individuos en un mismo aposento. «¿Cómo es eso de venta?, preguntó D. Quijote. — Digo, castillo, señor caballero. No por serlo, y de los principales, sobra espacio, cuando como ahora aciertan los andantes á llegar por docenas. ¿No oyó vuesa merced el son de las campanas y bocinas cuando el atalaya le hubo columbrado? — Sí, oí, repuso D. Quijote. Merced me haréis, señor alcaide, en dar orden como se mire por este mi buen caballo, que harto merece la hospitalidad del señor de Montugtusa. — Y por el que no le va en zaga, dijo Sancho: Dios sabe si yo diera mi rucio por toda una dehesa de potros andaluces. — Se les mantendrá con manjar blanco,» respondió el ventero. Y se mandó mudar la buena pieza, mientras D. Quijote y su escudero tomaban posesión de su cuarto.



CAPITULO LIII

DE CÓMO SALIÓ EL MAESTRO PELUCA EN LA REPRESENTACIÓN DE SU COMEDIA

Se había ya lavado y aderezado D. Quijote, cuando el alcaide del castillo se presentó á convidarle á la representación de la comedia que iba á dar, dijo, una de las primeras compañías teatrales de España. Aceptó de mil amores D. Quijote, y salió par á par del bachiller Sansón Carrasco y su escudero Sancho Panza. El teatro estaba armado, y de tales proporciones, que las tragedias de Sófocles se pudieran ofrecer allí. Corrido el telón, se vió la escena de Lanzarote del Lago y la reina Ginebra en el dichoso conflicto que perdió para siempre á la tierna Francisca de Rímini. El doctor Casimiro Extradibaús no lo pudo sufrir, y poniéndose de pies requirió al cielo que lanzase sus rayos sobre esa venta maldita, y dijo que sólo en tierra de moros podían verse cosas semejantes. «Sentaos, buen hombre, respondió el bachiller Sansón Carrasco, y mirad que nada tienen de malo estos amenos lances de dos enamorados. Pensad como gustéis, vosotros los hombres de las tinieblas; yo tengo placer en estas donosas y suaves ocurrencias.» D. Quijote de la Mancha se levantó á su vez y dijo: «Lanzarote, desde luego, fué buen caballero y gentil enamorado; y la reina Ginebra, una de las más famosas señoras de la caballería; mas no echo yo de ver la necesidad de sacar á la calle sus flaquezas, en perjuicio, no solamente de su propio decoro, sino también de la honesti-